



Yonnier Torres Rodríguez
Cuba

Biografía:

Yonnier Torres Rodríguez (Placetas, 1981). Sociólogo, Poeta y Narrador. Egresado del Centro Nacional de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso". Entre sus últimos títulos publicados se encuentran los libros de cuentos "El juego perfecto" (Sed de belleza, 2013), "Puntos de luz" (Áncoras, 2015), y las novelas "Clavar los ojos al cielo" (Editorial Mecenaz, 2012) y "Cerrar los puños" (Editorial Gente Nueva, 2015). Es miembro de la AHS y de la UNEAC. Cuentos y poemas suyos aparecen publicados en revistas, antologías y selecciones de España, Colombia, Argentina, Bolivia, Alemania y Cuba.

PRIMER LUGAR

ARENA

Cerca de las siete de la mañana el cielo pierde su azul intenso y comienza a llover arena sobre las calles de Macondo. Los vecinos de la Plaza cierran las ventanas. Los hombres arrean los bueyes, se cubren la cara con un pañuelo y bajan la vista al suelo. La lluvia es tenue. La arena arde en los ojos, pica sobre la piel y provoca unas ronchas rosadas, redondas, que se vuelven costra y sangre con el paso de los días.

El viento arrastra la arena, la arena el silencio y a media mañana solo se oye el aletear de los buitres en la cúspide del campanario, mientras esperan que el monaguillo suba las escaleras y les entregue las vísceras del buey que murió la noche anterior en los establos.

El monaguillo ha tomado la costumbre de alimentar a los buitres. Se posan cada mañana en lo alto de la Iglesia, miran hacia la escalera y no se asustan, ni siquiera cuando el padre tira de las sogas y las campanas comienzan a doblar.

-Son bichos del Diablo -dice el Padre- irás al infierno -pero el monaguillo no presta atención. Se arrodilla frente a la imagen del Cristo crucificado, reza un padrenuestro, Cristo lo comprende y el monaguillo se va al jardín.

"Pobre padrecito" piensa "siempre con esa idea del infierno, con esa tonta idea del infierno".

La mañana avanza. Los carreteros bajan hasta la zona del río. Los buitres cargan con las tripas. El Padre trata de apedrearlos cuando levantan el vuelo. Algunos niños le hacen coro, agarran las rocas más pequeñas, lanzan alto, muy alto, y una mujer entra al pueblo, pegada a la orilla de la calle, se cubre el rostro con una tela blanca, la arena se le incrusta en los pies, a ratos se detiene, mira su sombra, se cubre los ojos y vuelve a caminar.

Cuando la mujer cruza las primeras calles los niños se detienen a mirarla. Dejan de tirar piedras. Le avisan al Padre.



El Padre sacude sus manos sobre la túnica, deja los bordes de las caderas cubiertos de polvo, se coloca una mano sobre las cejas a modo de visera y solo entonces se percata de que la arena se le ha pegado al rostro.

Entra a la Iglesia, le ordena al monaguillo que llene la palangana de agua, se lava las manos, la cara y los pies. 2

La mujer espera junto a la puerta. Se quita la tela blanca del rostro, pide la bendición, un vaso de agua. El Padre se acerca para detallarla, trata de recordar esos ojos.

“Sin dudas es una mujer de Macondo” piensa “solo aquí la gente mira con tanta desolación”.

-Padrecito -dice la mujer- ¿no me recuerda?, soy la Ramona, la hija de los Santiago, la que se fue con las lluvias.

El Padre se deja caer sobre uno de los bancos de la Iglesia.

-La Ramona -dice. Le ordena al monaguillo que traiga otro vaso de agua. -Cómo has cambiado.

El chico trae una bandeja, sobre la bandeja una jarra de cristal, junto a la jarra de cristal dos vasos.

-No he cambiado Padre, soy la misma Ramona, ¿se acuerda?

-Traes las sandalias cubiertas de arena, tienes que lavarte los pies, siéntate aquí- señala uno de los extremos del banco.

- ¿Se acuerda, Padre?

El Padre se acordaba, aunque no hubiera querido, pero los recuerdos son como la arena, se incrustan en todas partes, provocan ronchas rosadas, redondas, que se convierten en costra y sangre con el paso de los años.

- ¿Por qué te fuiste?, así, de repente. Las madrecitas te iban a cuidar. Los Santiago fundaron el convento para las huérfanas, allí hubieras tenido cama, comida y fe.

-Pero yo tengo fe, padrecito.

El muchacho pone la palangana en el suelo, le extiende un trozo de jabón a la mujer.

- ¿Es usted la Rosario?

- ¡Cállate! -le grita el Padre- ¿cómo te atreves?, vete al jardín, al campanario, a dónde quieras, lárgate.

-No lo regañe, padrecito.

-Si supieras las cosas que han dicho de ti. Si supieras las cosas que han dicho de ti no hubieras regresado.

-Lo sé, padrecito, lo sé.

Algunos niños se habían quedado en la puerta, colgados del marco atisbaban la ropa de la mujer, los bordes de su vestido negro, las sandalias cubiertas de arena y el pelo rubio, muy rubio.

El padre los espanta con un gesto de la mano y le dice a la mujer que lo acompañe dentro.

-No es prudente que alguien llegue a la Iglesia y nos vea conversando.

-He vuelto para quedarme -dice la mujer-. Nada me avergüenza.

-No sabes lo que estás diciendo -dice el Padre y camina hasta la cocina -te voy a preparar un caldo de res y un jugo de tamarindo, todas las noches se muere un buey en el establo, todas las mañanas llueve arena. Macondo está maldito, hija, maldito.

La mujer se sienta a la mesa. El monaguillo les dice a varios feligreses que el Padre está acostado, que no los puede atender.

Pobre padrecito, se pasó la noche en la biblioteca, buscando en las escrituras sagradas, en los libros más viejos, hace tiempo que trata de exorcizar al



pueblo, quiere que desaparezca la arena, que vengan las lluvias y que los buitres regresen al desierto.

-Pobre padrecito- repiten los feligreses, se arrodillan frente a la imagen de Cristo y regresan a la calle, cubriéndose los ojos y el rostro.

-Hace mucho que no probaba un caldo como este -dice la Ramona- es usted buen cocinero.

-Es la práctica -responde el Padre- la costumbre, hace tiempo que en este pueblo no se come otra cosa que no sea carne de res. El único árbol que crece es el tamarindo, un árbol del Diablo, hija.

-Entonces, ¿ya no soy la culpable?

-La gente se ha olvidado. A los niños no se les habla de la lluvia, del río crecido, ni de la muerte de tus padres. Se habló de ti en el pueblo, en la cantina, en la posada, se habló mucho de ti, sobre todo los viejos, los compadres de los Santiago, que si te habían visto

en la ciudad, que si te habías cambiado el nombre, que si vivías en los barrios bajos y te paseabas por las calles, casi desnuda.

-La gente es mala, la gente no entiende, pero si se han olvidado de eso entonces puedo regresar tranquila, pagar una habitación en la posada hasta que consiga una casa donde vivir.

-No debiste haber regresado -dice el Padre. Toma el plato vacío y lo lleva hasta el fregadero. El monaguillo entra corriendo a la cocina.

-Padrecito, no encuentro a los buitres, ¿los volviste a apedrear?

-Son bichos del Diablo, hijo, bichos del Diablo.

Afuera ha dejado de llover arena. Los vecinos de la Plaza abren las ventanas. La cantina, poco a poco, se comienza a llenar.

-No puedo quedarme aquí todo el día -dice la Ramona- usted debe ocuparse de sus cosas.

-Tengo tiempo suficiente, el chico se encarga de todo, es muy listo, lástima que hayan muerto sus padres, que no lo hayan aceptado en el convento y que tenga esa manía de alimentar a los buitres.

-Voy a la posada, no tengo nada de qué avergonzarme. Mañana nos veremos en misa.

El Padre baja los ojos en un claro gesto de resignación y la acompaña hasta la puerta.

-Ponte las sandalias -le dice- ya están secas.

La mujer camina por las calles de Macondo. Es casi mediodía. Los carreteros mueven a los bueyes hasta la zona de la sombra, donde crecen los tamarindos. Los niños corren detrás de un perro y en la cantina, junto a la recepción de la posada, se produce un silencio visceral, un silencio solo comparable al que arrastra la arena cerca de las siete de la mañana.

-Quiero reservar una habitación.

- ¿Por cuánto tiempo? -pregunta la mujer mientras escudriña los ojos de la Ramona y piensa:

“Tiene que ser de Macondo, solo la gente de aquí mira con tanta desolación”.

-No lo sé, hasta que encuentre un sitio dónde vivir.

-Este no es lugar para mujeres extraviadas -dice un hombre desde el fondo -ha dejado de caer arena, pero ya sopla el viento, dentro de un rato regresará, estoy seguro que regresará-. La mayoría de los presentes mueven la cabeza hacia abajo en señal de aprobación. El hombre toma un trago largo de su jarra de cerveza y dice: -Este es un pueblo maldito, hace años que no llueve, la hija de los Santiago se llevó la lluvia.

Todos gruñen, o hacen como que gruñen. Algunos miran a la Ramona, tratan de recordar dónde la han visto antes, es de Macondo, de eso están seguros y mientras la mujer en la recepción busca una llave, afuera comienzan a caer las primeras gotas, de lo que sería, un aguacero torrencial.

